

Latina y traduce la proyección espontánea de las viejas tradiciones culturales de Europa hacia una nueva y vigorosa etapa de evolución artística.—L. M. R.

<https://doi.org/10.29393/At252-201PPAT10201>

EL PROFETA DE LA PAMPA - VIDA DE SARMIENTO, por *Ricardo Rojas*. Editorial Losada, Buenos Aires, 1945.

La biografía es un género literario de superlativa variedad. Su clasificación sería tarea, si no imposible, por lo menos, muy difícil. Lo mismo afirmaríamos respecto de la poesía, de la novela, del teatro. Sin embargo, en la elasticidad evidente de sus proyecciones, en la extensión ilimitada de sus territorios, alienta la explicación elocuente de su magnitud, de su multiplicidad, de su riqueza. Sólo que, por tratarse de artística ejecutoria, ella supone la pre-existencia de un creador capaz y eficiente, provisto de cuantas virtudes exija la divina empresa.

Pero no se piense que había de bastar un mágico ademán, en el transparente recinto del aire, para que surgiera ante nosotros, deslumbrándonos, el cuerpo acabado y perfecto de la obra. Porque toda solución artística feliz, sea en verso, prosa, música, pintura—salvo presuntas o discutibles diferencias—, entraña, y entrañará siempre, previas jornadas personales, (1) tan laboriosas, tan dramáticas, tan inexorables, como concentrado fuere el temple individual del sujeto que asume la responsabilidad creadora.

El lector corriente no distingue de fases o etapas en la creación literaria. A sus manos llega el libro hecho y solamente se

(1) Decimos personales, pues se nos viene a la memoria lo dicho por un escritor uruguayo, durante un lejano ágape nocturno de Santiago, sobre el procedimiento de ciertos biógrafos contemporáneos, quienes, para componer sus obras, se servían de verdaderos acarreadores de materiales, especialistas tristemente anónimos y, de seguro, mal remunerados. De allí el adocenamiento de muchos autores de «vidas de hombres célebres» y la industrialización mercantil del género.

circunscribe a leerlo o a rechazarlo, según sea el calibre de sus apetencias. En general, este es el destino de los escritores.

Aquel período anterior, que toda realización artística envuelve, consumada ésta, se sumerge en la sombra y el gran público lo ignora. Aun hay entendidos que lo desconocen, puede que por maldad, por desidia, por fatalidades psicológicas. En uno y en otro caso, el asunto hay que referirlo a notorias fallas culturales.

El mapa social de nuestros pueblos está acotado por abismos profundos. La simpatía, la comprensión, el altruísmo, que a duras penas trascienden el perímetro de lo individual o del grupo, raramente establecen comunicaciones de buena ley, duraderas y fecundas, entre una fracción y otra.

Desgraciadamente, son pocos, todavía, los que, en nuestra América, coinciden en la contemplación de más elevados horizontes que los usuales y se conciertan para levantar las innumerables cabezas, pendientes sobre un mezquino pedazo de tierra, que más parece sepulcro, y orientarlas hacia las alturas promisorias.

Ricardo Rojas—escritor cabal—es uno de aquellos pocos y su obra—la que da origen a este comentario—es un hito indubitable en el camino que conduce a las mesetas superiores de una existencia plena y armoniosa.

Hace años, Gabriela Mistral, en un juicioso y bien atinado artículo (2), entre otras cosas, decía que en nuestra América poseemos gran cantidad de lugares que podían servirnos de «cita formidable con la historia». Y concluía que bien pudieran transformarse en base de estímulos, de fuerza tal, que llegaran a «desatarnos la electricidad de la creación, que guardamos a veces en el puño sin empleo», o a «remecernos con terremoto salubre de la carne la pesadez de casa de adobe que llevamos toda-

---

(2) «Sarmiento en Aconcagua». «El Mercurio», Santiago de Chile, domingo 26 de octubre de 1930.

vía, aunque nos creamos tan ágiles y desembarazados». Corroboraba sus asertos con la enumeración siguiente: «Descansos o peleas de Bolívar, casa mendocina donde conversaron San Martín y O'Higgins, vivienda de Morelos, «estaciones» de José Martí, y las escuelas de Sarmiento desde la primera a la última».

Existe, pues, una buena gavilla de profetas hispanoamericanos, tanto en el pasado como en el presente. Ricardo Rojas se ha ocupado de uno. ¿El más grande? ¿A qué hacer comparaciones? El autor argentino ha realizado, en esencia, lo propuesto por nuestra poetisa. Antes que un lugar, ha querido definir y poner sobre relieve a un personaje histórico. Es lo lógico.

El lugar influye en el hombre, pero es mediante éste que el lugar adquiere significación, valencia, resonancia.

Ricardo Rojas traza, en poco más de setecientas páginas, de ciento treinta y cinco por doscientos centímetros, la odisea telúrica de Sarmiento. Es el producto de más de treinta años de investigación asidua y acuciosa, y de incesante contacto espiritual con la «vida» y la obra del héroe. Este contacto lo inicia a los diecinueve años, en 1901, con un «Canto a Sarmiento». Como se ve, se trata de un amor de juventud, continuado, sin mengua alguna, hasta los días henchidos de la edad madura.

No se trata, en verdad, de una biografía como las «novelas» con que se nos ha invadido en los últimos años. Ricardo Rojas, a lo largo de sus páginas, reiteradamente la llama narración, relato. Para coronar su tarea se ha servido del archivo personal, de la obra, del epistolario, del anecdotario de Sarmiento, de los documentos oficiales, de publicaciones periódicas de la época, etc., etc. Pero no emprendió la redacción del volumen sino cuando se hallaba íntimamente penetrado, por así decirlo, como impregnado del espíritu del prócer. No obstante, acaso el libro se resienta de su condición narrativa, de relato, y de la actitud crítica del autor, cuya presencia es casi paralela a esta resurrección circunstanciada de Sarmiento, que no otra cosa es esta

biografía. Como justificación, un tanto problemática, transcribimos el párrafo siguiente, en donde se explica una posición y los fines perseguidos:

«La tradición nos ha legado una figura de Sarmiento que considero incompleta. Epígonos y adversarios lo mutilaron o desvirtuaron. Procuro restaurar toda la verdad, sin excluir amores conflictos íntimos. Este libro no es panegírico ni alegato, sino empeño estético por abarcar el raro fenómeno humano que fué Sarmiento, y sentirlo en la fuerza de su plenitud vital».

Los propósitos se cumplen con cronológica fidelidad. Obra de historiador y de escritor, cabal—ya lo expresamos—en una y en otra categoría, la vida de Sarmiento se dibuja, con vívidos rasgos, en la imaginación, una vez que uno ha superado y aleja las centenas de páginas que median entre el nacimiento y la muerte del gran hombre. Terminada la lectura, que ha debido ser aguerrida, comienza a gestarse, en la atmósfera estética, una figura histórica, con toques legendarios, cual floración aislada de toda esa gama de circunstancias que cifran una vida humana.

Ahora bien: ¿Cuál es la imagen de Sarmiento que a nosotros, como chilenos, interesa? Indudablemente, aquella del educador, aquella del proteico ciudadano de América que, sin temor de convertirse en majadero, clama, a diestra y siniestra: ¡Escuelas, escuelas y más escuelas! Es decir: Instrucción, educación, cultura. Es así como, dentro de este predicamento, nos atrevemos a calificar de parcos, de poco profundos, aquellos capítulos destinados a los avatares chilenos de Sarmiento, a la contribución chilena en la formación de su carácter. Tal vez sea la consecuencia, más que de una orientación nacionalista, en la acepción sana del vocablo, de un espíritu localista o provinciano, que rebalsara del alma del protagonista para luego gravitar sobre los lineamientos generales de la obra. Y aquí cabe advertir el extraño desdén con que Ricardo Rojas alude a nuestro Santiago Ar-

cos (3), amigo del preclaro argentino, cuya opinión, al respecto, sería distinta.

La actualidad trascendente de la enseñanza experimenta repentino aprecio durante las etapas de transición histórica.

Sarmiento solía declarar que contaba la edad de su patria. De entre las varias interpretaciones que se pueda dar de su tránsito terrestre, nos interesa destacar que Sarmiento vivió, captó, y pretendió encauzarlo, a su manera y en su ambiente, un período de grandes mutaciones, políticas, sociales, culturales, ya se trate del panorama décimonónico occidental o del hervidero del Nuevo Mundo. ¡Cómo no había de dirigir, entonces, sobre la enseñanza, el acento impetuoso de su personalidad potente, multiforme, preñada de urgentes inquietudes y de iniciativas valientes, futuristas, generosas. Nació, creció y se desarrolló a parejas con su patria. ¡Cómo no había de saberlo virgen! Por eso su existencia fué una eterna lucha por llegar a fecundarla, de progreso moral y material, como maestro y como un buen padre de familia.

Ricardo Rojas llama profeta a Sarmiento y lo compara, por la manera de comportarse y de producirse, con el vasco Unamuno.

Nosotros, antes que un Isaías, vemos, en Sarmiento, una especie de Juan Bautista. Este predicaba en el desierto, sobre un Cristo a la vista. Don Domingo Faustino, cuando mejor lo hacía era desde el destierro, sobre una república a la vista, y no va mucho antagonismo entre destierro y desierto. Y ya en este camino, más parecido le hallamos con el aragonés Joaquín Costa, a quien uno de sus biógrafos llama, antitéticamente: «El gran fracasado», sobre todo, cuando contemplamos al Sarmiento descrito en el capítulo trigésimoséptimo de esta biografía, en pa-

---

(3) Julio César Jobet ha puesto en evidencia la importancia de este precursor de nuestras luchas sociales, en su obra «Santiago Arcos Arlegui y la Sociedad de la Igualdad (Un socialista utopista chileno)», Editorial Cultura, Santiago de Chile, 1942.

tético choque con la realidad, desfalleciendo por dominarla, en trágico tren de desengaños, siendo que él—ya presidente de la república—había creído llegada la hora de esculpir en realidades su gigantesca prédica. Ese capítulo es conmovedor y útil para la exacta apreciación de Sarmiento. Cálida emoción nos produjeron, también, los capítulos trigésimoprimeros y cuadragésimoctavo, que hemos releído.

¿Y cuál fué el mensaje de este Juan Bautista de la pampa, que supo de ésta a los cuarenta de sus años? Ricardo Rojas nos lo explica en el siguiente extracto de su obra:

«El dijo de la pampa: «hoja de papel en que va a es-  
« cribirse un poema de progreso». Y ese poema está escri-  
« biéndose.

«El año 1883, ya viejo, nos legó este resumen de su  
« mensaje:

«Tenemos tierra para dar hogar a los que nada poseen,  
« mejoraremos las condiciones sociales de la gran mayoría  
« y entraremos en la realidad de la república, por la edu-  
« cación, y el bienestar, a fin de que los hereditariamente  
« desvalidos empiecen a mirar al gobierno y a la patria co-  
« mo suyos»,

Lo de proponer un Sarmiento cósmico o mitológico, o de reputarlo genio, réplica americana de Mahoma, del Quijote o de Cervantes, como sucede en el preludeo y en el epílogo, respectivamente, nos sabe a subalterno, frente al logrado intento ejemplificador que anima a este libro, desde cuyas entrañas se consigue extraer, con facilidad, la ingente estampa histórica de Sarmiento, ingente, pero asequible a quienes pugnan por prolongar sus huellas.—ALDO TORRES PÚA.